



ORDENACION DEL TERRITORIO RECETA PARA URBANISTAS Y MAQUILLAJE ECOLOGICO

por Fernando Parra*

1. A VISTA DE PAJARO

Los defensores —que ahora abundan— del fenómeno urbano como único modelo válido de relación del hombre con el mundo aluden al incuestionable hecho de que más del 70 % de los seres humanos habitan en ciudades. En el año 2000 el 80 % de la población mundial vivirá en urbes de no invertirse las tendencias actuales y ya hoy en día esa cifra ha sido ampliamente superada en alguno países, por ejemplo, en Bélgica con un 94 % de habitantes urbanos.

Olvidan, en cambio, el no menos apabullante dato de que, considerando sólo las superficies de tierra emergidas, las ciudades sólo ocupan el 0,0000001 % del total del planeta. Y eso aunque asombren megalópolis como Tokio, Nueva York o Delhi. Desde el privilegiado mirador de los satélites orbitales las ciudades apenas se distinguen. Asombra que un mundo con 4.000 millones de habitantes aparezca a los ojos de los cosmonautas como una desolada sucesión de mares, llanuras, cordilleras, ríos y demás accidentes... vacíos.

Pero no nos engañemos, la presencia del hombre no se refleja tanto por el número de habitantes

por Km.² ni, si se me apura, por sus efectos más conspicuos, sino por otros más sutiles sobre ese inmenso territorio. Efectos que se dejan sentir hasta los más recónditos confines, sean éstos los grandes lagos quebequianos, la pluviselva brasileña o el páramo palentino. Debido a ese desequilibrio entre lo puntual y lo global; entre lo «extenso» y lo «intenso» nacieron una serie de recetas técnicas, más o menos complejas, pero recetas al fin, que se han dado en llamar «Ordenación del Territorio» desde hace pocas décadas. Sobre un recurso dado, por ejemplo, el agua, múltiples demandas, a menudo contradictorias o francamente incompatibles confluyen; la mefistofélica tarea del planificador es la de conciliar lo irreconciliable; de hacer convivir, como en el Zoo de Jerusalem que ilustra parábolas bíblicas, el león y el cordero en la misma jaula. El truco y la gran limitación es que, cuando el «león» crece hay que sustituirlo por un nuevo cachorro; y un cachorro de león no es exactamente un león, aunque contenga bastante de aquél.

2. PAISAJE, RECURSOS NATURALES Y RIÑAS ENTRE CIENCIAS

Digámoslo de una vez: el territorio se ordena solo; o dicho de otro modo: no sólo existe una «morfología» del paisaje sino una «fisiología» del

* Profesor de Ecología en la U.A.M.; biólogo del Servicio de Medio Ambiente de la Diputación Provincial de Madrid.



mismo. Aún más, aquí podemos permitirnos el heterodóxico lujo de ser lamarckistas, el paisaje es resultado de la función. Aquí reside la justificación más integrada y lógica de aquello tan manido de «leer en la naturaleza como en un libro abierto» (eso sí, al revés y con poca luz).

Hay tres nociones, más complementarias que excluyentes, para la comprensión global del territorio: Si lo que pretendemos es abarcar las interrelaciones entre todos los seres vivos: plantas, animales y hombres; y las de ellos con el medio físico, el concepto más útil será el de ECOSISTEMA que la ecología en su día aportó. Pero si lo que procede es analizar la naturaleza desde un punto de vista más utilitario, en cuanto fuente de materia y energía necesaria para la cultura material del hombre como ente social entonces deberemos recurrir al de RECURSO NATURAL que, proveniente de la economía, se apropió, como es costumbre, la ecología aplicada. Finalmente, si con las relaciones del hombre como individuo necesariamente subjetivo con la naturaleza será el turno del concepto PAISAJE, más transdisciplinar que interdisciplinar, ya que conecta las ciencias naturales, a través del objeto percibido: la naturaleza, con las «humanas» o «sociales» por medio del sujeto percceptor: el hombre.

Para que exista el paisaje es necesario que alguien lo perciba, si no solo hay naturaleza (1). Es el paisaje un concepto estético que luego pasó a la geografía y más recientemente a la ecología. Pero la estética ha aportado poco más que el hombre al paisaje. ¿Por qué los pintores representan siempre cumulonimbos ignorando el resto de nubladas posibilidades cuando representan nubes? Salvo notables excepciones como Velázquez (que probablemente usaría hoy una Haselblad) las especies arbóreas son irreconocibles por la simple razón de que el artista jamás los reconoció como fresnos, álamos o encinas, sino como «árboles del paisaje».

En cuanto a la economía, que apadrina la noción de recurso, ha demostrado su incapacidad para dar precio a ciertas cosas, a pesar de los loables intentos aislados (2, 3, 4). Y la enemistad entre economía y ecología, a pesar de ser ambas ciencias de sistemas, es proverbial (5). Incluso en la propia Ordenación del Territorio la valoración del paisaje es escabroso patito feo de todo el asunto por su intrínseca dificultad de ser objetivado (6, 7, 8).

La propia ciencia de la ecología ha olvidado en gran medida las consideraciones espaciales en favor de las temporales y las energéticas (9 y 10).

1. A. Macía.—*Paisaje y personalidad*. Tesis Doctoral 1979. Universidad Autónoma. Madrid.
2. J. Attali y M. Guillaume.—*El antieconómico*. Ed. Labor. Barcelona, 1976.
3. J. Illich.—*La convivencialidad*. Ed. Barral. Madrid, 1978.
4. J. López de Sebastián.—*Economía y Espacios de ocio*. Mundeprensa. Madrid, 1976.
5. J. L. Sampedro.—*Economía y Ecología*. Transición, 1979.
6. Vid. op. cit.
7. Vid. op. cit.
8. Vid. op. cit.
9. R. Margalef.—*Ecología*. Ed. Omega. Barcelona, 1977.
10. R. Margalef.—*Principios de Ecología Teórica*. Ed. Blume. Barcelona, 1979.

Por supuesto, el resto de las actividades humanas, menos especulativas, han ido olvidando sistemáticamente la voz del territorio. Todo para el territorio sin el territorio.

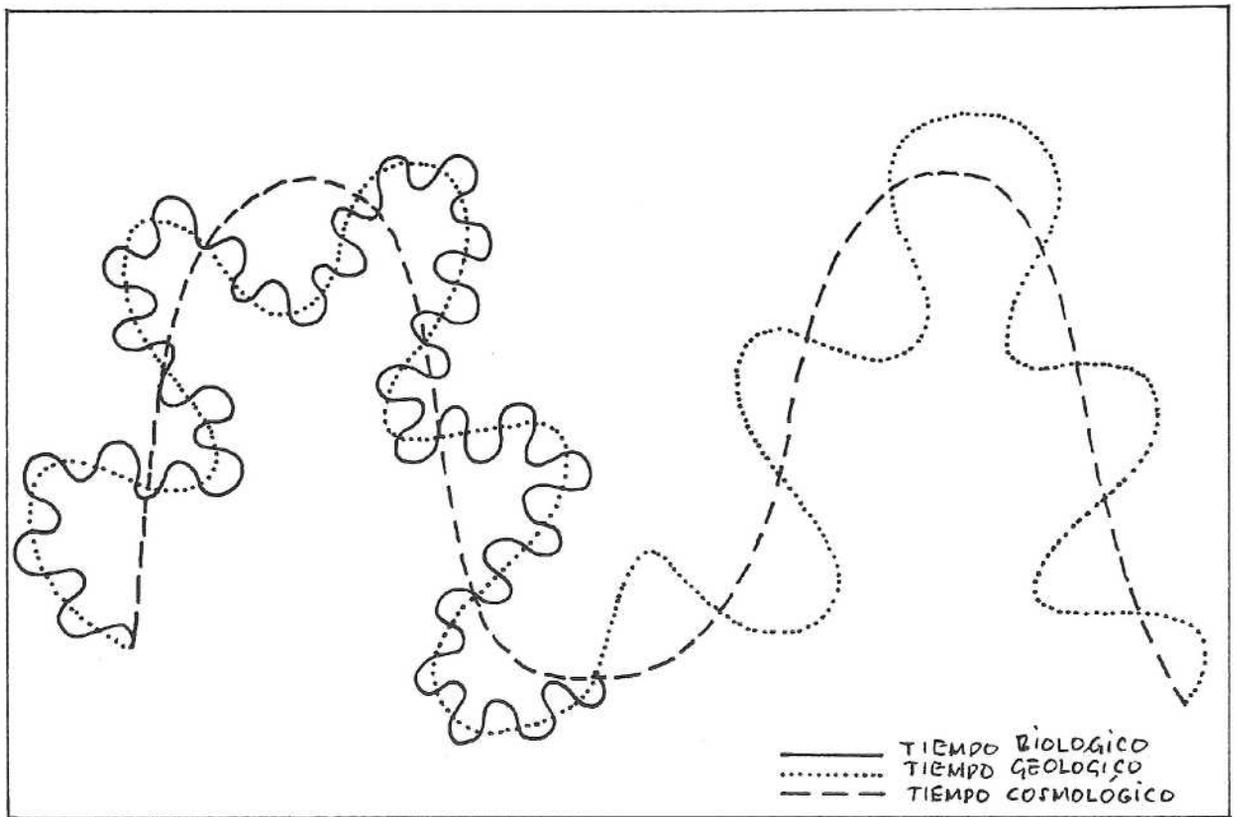
3. ¿TIENE ARREGLO MADRID O MAS VALE MUDARSE?

Ahora está de moda la inclusión del azar como agente causal de los procesos biológicos. Sin embargo, la vida no es una simple partida de dados sino más bien un complejo ajedrez en el que el azar se encuentra incluido, y en cierta medida «controlado» entre otros factores (11, 12). El territorio es resultado de todas las partidas jugadas desde el origen de los tiempos hasta estos últimos rápidos encuentros en los que interviene el hombre. Pero supongamos que usted quiere que un tablero de ajedrez además le sirva para jugar a la oca o al parchís; el resultado final puede ser tan aberrante como independiente de las intenciones iniciales. O más simplemente, a veces las cosas tienen mal arreglo. Pablo Navajas (Estudio Limón) en unas recientes jornadas de Urbanismo, comentaba con enorme gracia que los técnicos de Ordenación del Territorio que se iban a encargar de la revisión del Plan General de Madrid (a Madrid no hay quien lo arregle), le recordaban a aquél bienintencionado pero suicida chapista que, al ver bajar despendolado y sin frenos a un coche cuesta abajo, raspándose contra las farolas y chocando con los cubos de basura del arcén, se subía en marcha y comenzaba a reparar abollones y desconchaduras. ¿Ser técnico de Ordenación del Territorio es una forma bien vista de suicidio?

4. UN CONCEPTO UTIL: LA HISTERESIS

Cambiamos de tercio y hablemos del calendario. La corteza terrestre se enfrió hace 6.000 millones de años. Probablemente se necesitaron dos veces más para la formación de la Tierra como astro autónomo. Tuvieron que pasar 2.000 millones de años más para que aparecieran los primeros y elementales seres vivos y hace 600 millones las primeras plantas verdes fotosintéticas crearon la actual atmósfera oxidante que permitió los primeros animales terrestres. Hace 300 millones aparecieron los primeros vertebrados y hace «solo» 60 los mamíferos. Hace un millón de años el hombre surge como especie biológica y apenas 10.000 años como ser social y culturalmente diferenciado. Solo 4.000 años para el surgimiento de las primeras ciudades y apenas 200 para la primera revolución industrial. Los semiconductores que permiten la revolución informática solo cuentan 19 años de edad. Un suelo forestal necesita 1.500 años para formarse a partir de la roca desnuda; una montaña puede estar elevándose durante milenios. El problema reside en que hoy el hombre, tecnológicamente puede destruir en pocos minutos ese suelo u horadar esa montaña en días o barrerla del mapa en segundos.

11. J. Monoz.—*El azar y la necesidad*. Ed. Barral. Madrid, 1973.
12. F. Jacob.—*La lógica de lo viviente*. Ed. Laia. Madrid, 1975.



1.—Hay un ritmo cosmológico muy lento de miles de millones de años.

2.—Hay una velocidad geológica medible en cientos de millones de años.

3.—Hay una escala biológica de millones de años.

4.—Y una dimensión temporal humana de años y unidades inferiores.

El hombre está «adecuado» o condicionado a su escala temporal y rechaza imaginativamente las otras, pero técnicamente puede modificar al menos fenómenos de las escalas 2 y 3. ¿Comprenden el asunto? El hombre no es un loco peligroso, ni un idiota espabilado (13), ni un chimpancé armado con un láser, pero no abarca ética y comportamentalmente un problema que le excede. Y para acabar de complicarlo todo el sector productivo primario, que conectaba directamente con la naturaleza y, por tanto, pagaba las inmediatas consecuencias de sus errores ha dejado de ser el sector que toma decisiones que ahora está en manos del secundario y sobre todo del terciario. El agricultor sabe de la locura de la contaminación de las aguas, pero poco puede hacer por evitarlo.

5. LA TÉCNICA DE LA ORDENACIÓN TERRITORIAL Y EL URBANISMO COMO SUCEDANEO

Es conocido de todos el elemento de moda que «contamina» lo ecológico hoy en día; sin embargo, desde el punto de vista tecnológico y científico debe hablarse más bien de una necesidad que impone el replanteo de viejos, viejísimos problemas

13. Scorter.—*El idiota espabilado*. Ed. Blume. Barcelona, 1980.

del uso del territorio y de sus recursos. En esencia el nuevo planteamiento proviene del abandono del enfoque unidimensional con consideración aislada de los fenómenos, y de la aceptación de enfoques más sistemáticos —más realistas, en suma—, que requieren el uso del enfoque de «sistema». Es este un enfoque macroscópico, empleando un epíteto que ha hecho fortuna (14): lo microscópico, o infinitamente diminuto, lo telescópico o infinitamente lejano y lo macroscópico o infinitamente complejo. Frente al Microscopio y el Telescopio, el instrumento que ha permitido avances en el análisis de lo complejo, es decir, el macroscopio, es el desarrollo de la tecnología de los ordenadores electrónicos que permiten tratar sistemas complejos.

Desde un punto de vista estrictamente clásico la ordenación del territorio se caracteriza por una serie de fases: 1) La integración de planes parciales en una planificación global; por ejemplo: la integración de la planificación física y la económica. 2) Un carácter más dinámico que resalta la proyección en el futuro: la previsión. Y 3) La incorporación de consideraciones ambientales físicas o «ecológicas» en el planeamiento. Ese medio ambiente se concibe como un todo, con una serie de elementos que interaccionan y deben manejarse globalmente.

Esto en el plano ideal porque en nuestro país en concreto el grado de integración de la planificación es escaso (15) y (16). Por ello, el urbanismo tiene —o se le concede— gran importancia, ya que al ser la utilización más cara del suelo, condiciona

14. A. Rosnay.—*El Macroscopio*. Madrid, 1980.

15. Vid. op. cit.

16. Vid. op. cit.



Ordenación del Territorio: Receta para urbanistas y maquillaje ecológico

más o menos indirectamente los otros usos. Se usa, pues, como un sucedáneo de la planificación global. De ahí el desviacionismo urbanístico de la mayoría de nuestros ambientalistas a los que también condiciona su propia formación.

Por otra parte, la Ordenación del Territorio no puede sacar conejos del sombrero. Precisa, y depende en sus resultados, de unas directrices previas. Si a un equipo multidisciplinar e integrado de esos que ahora se reclaman se le pide que planifique la subregión de Madrid con unas previsiones para el año 2000 y bajo el supuesto de un aumento de la población de la metrópoli de 8 millones, pongamos por caso, eso condicionará sus resultados independientemente de su calidad técnica.

Situándonos nuevamente en el terreno de lo ideal los estudios típicos para una ordenación del territorio ecológico comprenden las siguientes etapas:

1.—*Prospección*: muestreo y recogida de datos.

2.—*Sectorización*: establecimiento de unas unidades ambientales o sectores homogéneos desde cierto punto de vista.

3.—*Diagnóstico de las capacidades de acogida*, de esos sectores bajo diferentes hipótesis de usos o modalidades de planeamiento, impacto de éstas y compatibilidades de los usos.

4.—*Fijación de Recomendaciones de intervención*.

El problema, fundamental por lo demás, de conseguir una calidad científica y técnica en la ordenación del territorio se pospone a las previsiones iniciales; al para qué de la ordenación. La opción pudiera ser entre destruir a voleo u ordenadamente el territorio. O si parece una opción excesivamente demagógica, en desplazar ciertos usos tradicionales (ganaderos, por ejemplo) de unas forma anárquica (dejando que actúe simplemente el mecanismo de competencia del mercado) o planificando esa desaparición.

6. ECOLOGOS, TECNOCRATAS Y OTRA FAUNA

En todo esto subsiste el enfrentamiento entre profesionales de muy distinta ralea. No me refiero a enconamientos corporativistas del tipo de Ingenieros de Caminos frente a Arquitectos o Ingenieros de Montes contra biólogos. Sabido es que, en cierta forma, toda profesión es una «conspiración contra el público» (el profano) de forma que cada una tenderá a convencer al resto de lo imprescindible de sus servicios, o, en ciertos casos lastimosos a condicionar el uso del territorio a la aplicación de su profesión y no a la inversa como ha ocurrido con los ingenieros de montes y las repoblaciones forestales o los de caminos y las autopistas. El uso del territorio deja así de responder a una lógica derivada del propio funcionamiento del recurso para hacerlo en función a los cuerpos o profesiones interesados en «promocionar» su actividad. Me refiero a disensiones aún más profundas y a cierta polémica dual de generalistas frente a especialistas. Es ésta una dialéctica que excede el ámbito gremialista para situarse en otro superior.

A ojos de muchos el planificador sería algo así como un sabio renacentista redivivo: un Leonardo da Vinci que atesoraría todos los saberes concu-

rentes y que lo mismo valdría para un roto que para un descosido. En el otro extremo se sitúan los que creen que sólo hace falta alguien dotado de sentido común. Pero lo que más fortuna hace es la idea del cónclave de especialistas: el siempre invocado equipo multidisciplinar e integrado en un intento de superar esa dialéctica entre generalista y especialista. El primero sería un elemento difuso que a fuerza de abarcar materias distintas no profundizaría, dicen, en ninguna; algo así como un clavo excesivamente ancho y corto para penetrar; el especialista en cambio sería el alfiler que abarca escasísima superficie pero penetra profundamente. Del híbrido entre ambos saldría el eficazísimo invento de la tachuela.

Pero el asunto no es tan sencillo aunque el símil se atractivo y probablemente incluso acertado. Tres tipos de personajes concurren, al margen de currículum, dentro de los problemas que toca la ordenación del territorio; tales son los ecólogos profesionales, los ecologistas más o menos militantes y los diversos técnicos que se emplean en cuestiones relacionadas: ecólogos, ecologistas y técnicos ambientalistas o ambientalócratas. Y sus puntos de vista son muy divergentes y a menudo confrontados (17), pero todos ellos juegan un papel importante.

No hay que olvidar, sin embargo, en toda esta polémica algo importante: el problema de la perspectiva a adoptar que tiene que ser lo suficientemente amplia y global para que permita la percepción de las múltiples interrelaciones sectoriales. La tan cacareada deformación profesional o sentido gremialista subconsciente cabalga como un elemento más del conocido y apocalíptico cuarteto sin dar tregua a los mencionados equipos. No es de extrañar que, conseguida fácilmente la pluridisciplinaridad, la integración se realice tan solo a nivel de la unitaria encuadernación de todos los tomos del estudio (climático, edafológico, transportes (o deba pasar por la personalísima deformación de la posición del director del equipo. Todo un problema. Los que abogan por el sentido común, peligrosísimo y poco obvio término, se remiten a algo muy cierto: el papel de coartada o factor dilapidador temporal de enjundiosos estudios previos para tomar decisiones de por sí evidentes o ya adoptadas de antemano. El papel decorativo o de «cenefa» de los informes ecológicos preliminares, estudios de impactos previstos, etc., por ejemplo, en el caso de la instalación de las Centrales Nucleares cuyos asentamientos se deciden por criterios políticos coyunturales previos a toda otra consideración y a continuación se solicita el estudio ecológico con la finalidad exclusiva de cubrir el expediente. En este caso los ecologistas desde posiciones menos comprometidas o más libres arremeten contra el contratante; los ecólogos, en cambio, participan muchas veces indirectamente en la labor de ornato aludida y los tecnócratas ambientalistas hace tiempo que decidieron su posición en su peculiar forma de apostar por el progreso.

17. F. Parra.—*Ecólogos y ecologistas: Base científica del movimiento ecologista*. Rev. «El Carabo», 17-18. Madrid, 1980.